

«Nadie sabe
mi nombre»

carta desde harlem

DE JAMES BALDWIN

James Baldwin, el escritor americano de color, escribe en un inglés directo, mezcla de realismo, ternura y dolor. Sus libros «La próxima vez el fuego», «Blues para Mr. Charlie» y otros, conmovieron al mundo entero. Debemos agradecer a la Editorial Lumen la publicación del presente ensayo, «Carta desde Harlem», que entresacamos del libro «Nadie sabe mi nombre», en que James Baldwin retrata de modo insuperable la condición del negro en USA.

Ahora han puesto un gran bloque de pisos donde estaba la casa en que crecimos, y uno de esos canijos árboles de ciudad se re-tuerce donde teníamos el portal. Esto es en el lado rehabilitado de la avenida. Como el progreso requiere tiempo, el otro lado no ha sido todavía rehabilitado, y tiene exactamente el aspecto que tenía cuando pasábamos ratos y ratos sentados y con las narices pegadas al cristal de la ventana, muriéndonos porque nos permitieran «dar una vuelta por la calle». Allí está todavía la tienda de comestibles donde nos fiaban, y no cabe duda de que siguen fiando. Los que viven en el bloque necesitan sin duda que les fíen: lo necesitan, ciertamente, mucho más de los que nunca necesitó el bloque. La última vez que pasé por allí vi al tendero judío entre sus estanterías, y parecía más triste y más gordo, pero apenas más viejo. Más abajo, en la misma manzana, está el zapatero remendón que nos remendaba los zapatos hasta que todo remiendo era imposible, y que entonces nos vendía unos zapatos «nuevos». El zapatero negro está todavía detrás del cristal, con la cabeza gacha, dándole al cuero.

Esas dos personas, me figuro, podrían contar un largo cuento si quisieran (y tal vez les gustaría mucho contarlos si pudieran), ya que han visto a tantas gentes, tanto tiempo, debatiéndose colgadas de los anzuelos, las alambreadas de esta avenida.

La avenida es, en otra zona, la famosa y elegante Quinta Avenida. La sección que yo describo, y que las pandillas de jóvenes de ahora llaman «el terreno», está limitada por la Lenox Avenue por el Oeste, por el río de Harlem al Este, por la calle 135 al Norte y por la calle 130 al Sur. Nunca vivimos fuera de estos límites: ahí nos hicimos mayores. Si ando por la calle 145, por ejemplo, aunque me resulte conocida y parecida, no me produce la misma impresión, porque no conozco a nadie en la manzana. Pero en cuanto tuerzo hacia el Este, por la esquina de la calle 131 y de Lenox Avenue, me encuentro primero con el tenducho de refrescos, luego con el «salón» de limpiabotas, luego con una tienda de comestibles, luego con la lavandería y luego con las casitas. Por toda la calle hay gentes que me vieron crecer, gentes que crecieron conmigo, gentes que vi crecer junto con mis hermanos y hermanas, y a veces en mis brazos, a veces entre mis piernas, a veces colgados de mi hombro o sentados en él, sus hijos, un tumulto, un bosque de niños, que incluye a mis sobrinas y sobrinos.

Cuando alcanzamos el fin de aquella larga manzana, nos encontramos en la ancha, sucia y hostil Quinta Avenida, frente a aquel

bloque de pisos que pende sobre la avenida como un monumento a la insensatez y la cobardía de las buenas intenciones. Por toda la manzana, los enterados sabemos que hay inmensos huecos de humanidad como cráteres. Los huecos no los han creado solamente los que se han marchado, inevitablemente, a algún otro «ghetto», o los que han subido, casi siempre hasta una acrecentada capacidad de odiarse y engañarse a sí mismos, ni tampoco por los que, de resultados de lo que fue (la Segunda Guerra, la guerra de Corea, la pistola o la porra de un policía, una lucha entre pandillas, una pelea, un ataque de locura, una sobredosis de heroína o simplemente un agotamiento más que natural), están muertos. Hablo ahora de los que quedan, y hablo sobre todo de los jóvenes. ¿Qué hacen? Veamos. Algunos, una minoría, son fanáticos de alguna Iglesia, miembros de las más extremas entre las sectas protestantes. Muchos más, muchos, son «musulmanes», por afiliación o por simpatía, lo cual quiere decir que no les une nada más (ni nada menos) que el odio hacia el mundo blanco y sus obras. Están presentes, por ejemplo, en toda reunión callejera de propaganda del lema «Comprad lo Negro» —reuniones en las que el orador inci-

ta a sus oyentes a dejar de comerciar con los blancos y a establecer una economía separada—. Ni el orador ni los oyentes pueden hacerlo de ningún modo, ni que decir tiene, ya que los negros no son dueños de la General Motors, ni de la RCA, ni del A & P, ni son dueños de nada más que de una muy insuficiente porción de todo lo demás que hay en Harlem (los que, en efecto, son dueños de algo están más interesados en su provecho que en sus compañeros). Sin embargo, aquellas reuniones callejeras sirven para conservar vivo en sus participantes un cierto orgullo de amargura sin el cual, por muy fútil que pueda ser la amargura, apenas lograrían seguir viviendo. Muchos han renunciado. Se quedan en casa mirando la pantalla de la televisión, viviendo de los sueldos de sus padres, o primos, o hermanos, o tios, y sólo salen de casa para irse al cine o al bar más cercano. «¿Qué tal lo pasas?», preguntaremos acaso a uno, al cruzarnos por la calle o al encontrarle en un bar. «Oh, lo paso por la televisión», es la respuesta, con la más triste, dulce y vergonzosa de las sonrisas, y desde una gran distancia. Uno se ve forzado a respetar esa distancia: al que ha viajado hasta tan lejos no sería fácil arrastrarle y reintegrarle al mundo. Naturalmente,

hay modos de ausentarse que no consisten en la televisión o en el bar. Se encuentran los que simplemente se sientan en el pedazo del portal, «apedreados», y sólo se animan por un momento, de modo repugnante, cuando se acerca alguien que tal vez les preste dinero para una dosis de droga. O cuando se acerca alguien a quien pueden comprarla, uno de los listos que pronto estarán en la cárcel o que acaban de salir de ella.

Los no-muertos luchan sin descanso

Y los demás, los que han evitado todas estas muertes, se levantan por la mañana y se van a otros barrios, a enfrentarse con «el hombre». Trabajan todo el día en el mundo del hombre blanco, y al atardecer regresan a sus casas en esta fétida manzana. Luchan por comunicar a sus hijos un cierto privado sentimiento de honor o de dignidad que ayude al hijo a sobrevivir. Esto significa, naturalmente, que tienen que luchar, estóticamente, incansablemente, para que aquel sentimiento no se apague en ellos, a pesar de los insultos, la indiferencia y la crueldad que es seguro les atacarán durante toda su jornada de trabajo. Con paciencia, pugnan para que el propietario de la casa les arregle la estufa, los desconchados de la pared, las cañerías: la paciencia que esto requiere es prodigiosa, y generalmente no basta la paciencia. Al intentar hacer habitables sus barracas, tiran y tiran dinero en vano. Una tal frustración, tan largamente soportada, lleva a las mismas puertas de la paranoia a muchos hombres y mujeres fuertes y admirables cuyo único delito es el color de su piel.

Uno les recuerda, de otros tiempos, jugando al baloncesto en la plaza, yendo a la iglesia, inquietos por los exámenes de la escuela. Uno les recuerda marchándose a la guerra —con alegría, por escapar de esta manzana—. Uno recuerda su vuelta. Tal vez recuerda ahora uno el día en que se casaron. Y ahora uno ve en qué ha parado la chica (esperando en vano que la salve algún otro chico amargado, y encogido, y esforzado), y ve a los hijos casi abandonados por las calles.

Tengo una perfecta conciencia, desde luego, de que se encuentran otros suburbios donde hombres blancos luchan por sobrevivir, y generalmente pierden la pelea. Sé que también la sangre se derrama por aquellas calles, y que el daño humano es también allí incalculable. Continuamente vienen gentes señalándome la miseria de ciertos blancos para consolarme de la miseria de los negros. Pero una contabilidad por partida doble del

fracaso americano no me consuela, y no debería consolar a nadie. El que cientos de miles de blancos vivan, en efecto, no mejor que los negros, no es un hecho que podamos mirar con complacencia. La bancarrota social y moral significada por este hecho es de la especie más aterradora y amarga.

Unos pocos han subido...

Pero las gentes que piensan que esa democrática angustia tiene algún valor consolador, andan siempre apuntando que Fulano, blanco, y Zutano, negro, subieron de los suburbios a darse la gran vida. La existencia (la existencia pública) de, pongamos, Frank Sinatra y Sammy Davis, Jr., les demuestra que Norteamérica es todavía la tierra de la suerte y que las desigualdades se desvanecen ante la voluntad decidida. No demuestra nada de eso. La voluntad decidida es rara (y en este momento, en este país, es indeciblemente rara), y la subida de unos pocos no justifica de ningún modo las desigualdades sufridas por muchos. Unos pocos han subido siempre, en cualquier país, en cualquier época, y entre las garras de regímenes que ningún desmán imaginativo podría considerar libres. Y merece la pena recordar que no todos aquellos que subieron dejaron el mundo mejor de como lo encontraron. La voluntad decidida es cosa rara, pero es invariablemente benevolente. Por otra parte, la manía americana de igualar el éxito con el darse la gran vida revela una horrenda falta de respeto por la vida humana y por los logros humanos. Tal igualdad ha hecho que nuestras ciudades se cuenten entre las más peligrosas del mundo y que nuestros jóvenes sean de los más huecos y más desconcertados. La situación de nuestra juventud no tiene nada de misterioso. Los hijos no han tenido nunca mucha capacidad para escuchar a sus mayores, pero nunca han dejado de imitarles. Es forzoso, no tienen otros modelos. Y exactamente esto hacen nuestros hijos. Imitan nuestra inmoralidad, nuestra falta de respeto por el dolor de otros.

Todos los demás habitantes de suburbios, en cuanto la cuenta bancaria se lo permite, pueden marcharse del suburbio y desaparecer de la mirada persecutoria. Ningún negro en este país ha ganado todavía tanto dinero, y pasará mucho tiempo antes de que algún negro lo gane. Los negros de Harlem, que no tienen dinero, gastan las perras que tienen en las porquerías que les venden. Entre otras, en pantallas de televisión «mayores», en tocados de «más alta» fidelidad, en coches «más potentes», que, naturalmente, han caído en desuso mucho

antes de que terminen de pagar los plazos. Todo el que ha luchado con la pobreza sabe cuán enormemente caro es el ser pobre, y si uno es miembro de una población económicamente cautiva, no se soltará nunca las cadenas de los pies. Uno es víctima, económicamente, de mil mecanismos: el alquiler, por ejemplo; o el seguro del coche. Si gustan, vayan ustedes un día de compras a Harlem y comparen los precios y calidades de Harlem con los del centro de la ciudad.

Los que lograron marcharse de esta manzana no han llegado más que a otro «ghetto» más respe-

table. El «ghetto» respetable no tiene ni siquiera las ventajas del desacreditado: los amigos, los vecinos, una iglesia acostumbrada y tenderos conocidos. Y, por otra parte, la naturaleza de los «ghettos» es que no guarden mucho tiempo la respetabilidad. Cada domingo, los que dejaron la manzana vuelven a ella, solitarios, arrasando a sus cada vez más insatisfechos hijos. Pasan el día hablando, no siempre con palabras, del sufrimiento por que han pasado, y del sufrimiento por que, sin duda, tendrán que pasar (y hay que mirarles los ojos cuando observan a sus hijos). Porque a los niños no les gustan los «ghettos». Tardan muy pocos instantes en descubrir dónde se encuentran.

razón: unos y otros revelan, insportablemente, la actitud real del mundo blanco, por muchos discursos liberales que se hagan, por muchos editoriales sublimes que se escriban, por muchas comisiones de derechos cívicos que se establezcan.

Los bloques son, naturalmente, horros, ya que una ley, al parecer respetada en todo el universo, dispone que las casas baratas tienen que ser tan carentes de alegría como una cárcel. Se esparcen por todo Harlem, descoloridos, desangelados, altos e indignantes. Las anchas ventanas dan a la invencible e indescriptible sordidez



JAMES BALDWIN.

de Harlem: los raíles del tren de la Park Avenue, alrededor de los cuales, cuarenta años atrás, empezó a formarse la actual comunidad negra; las casas no-rehabilitadas, que parecen agacharse bajo el gran peso de frustración y amargura que encierran; las oscuras y amenazadoras escuelas, de las que el niño puede salir mutilado, cegado, encephado o rabioso para toda la vida; y las iglesias, iglesias, metidas entre las paredes como cañones en las murallas de una fortaleza. Incluso si la administración de los bloques no fuera tan demencialmente inhumana (por ejemplo: los inquilinos tienen que informar a la administración de todo aumento de sueldo, con lo cual les suben el alquiler y les devoran el beneficio; la administración tiene derecho a saber quién se aloja en cada piso; la administración puede echar a un inquilino sin explicaciones), los bloques seguirían siendo odiados porque constituyen un insulto a la más débil de las inteligencias.

¿Por qué las casas baratas son siempre tristes?

El primer grupo de bloques de

de Harlem: los raíles del tren de la Park Avenue, alrededor de los cuales, cuarenta años atrás, empezó a formarse la actual comunidad negra; las casas no-rehabilitadas, que parecen agacharse bajo el gran peso de frustración y amargura que encierran; las oscuras y amenazadoras escuelas, de las que el niño puede salir mutilado, cegado, encephado o rabioso para toda la vida; y las iglesias, iglesias, metidas entre las paredes como cañones en las murallas de una fortaleza. Incluso si la administración de los bloques no fuera tan demencialmente inhumana (por ejemplo: los inquilinos tienen que informar a la administración de todo aumento de sueldo, con lo cual les suben el alquiler y les devoran el beneficio; la administración tiene derecho a saber quién se aloja en cada piso; la administración puede echar a un inquilino sin explicaciones), los bloques seguirían siendo odiados porque constituyen un insulto a la más débil de las inteligencias.

El primer grupo de bloques de

contrucción privada, Riverton (*), que, naturalmente, es ahora un conjunto de barracas amontonadas, se hizo en Harlem unos doce años atrás porque a los negros no se les permitía entonces vivir en Stuyvesant Town. Por consiguiente, Harlem vio levantar Riverton con la más violenta amargura resentida, y lo odiaba ya mucho antes de que llegaran los albañiles. El odio empezó cuando las gentes tuvieron que abandonar sus casas condenadas para que tuviera dónde instalarse aquella prueba suplementaria de cuán enteramente el mundo blanco los despreciaba. Y, naturalmente, apenas se habían alojado en las nuevas viviendas, cuando empezaron a romper ventanas, ensuciar paredes, orinar en los ascensores y fornicar en los jardincitos. Los liberales, tanto los blancos como los negros, se quedaron consternados ante el espectáculo. A mí lo que me dejó sin aliento fue la inocencia de los liberales —o su cinismo, que en la práctica viene a ser lo mismo—. Otras gentes estaban encantadas al poder apuntar a una prueba tangible de que no había nada que hacer por mejorar la suerte de los negros. Tenían, y siguen teniendo, razón en un punto: no hay nada que hacer mientras se les trate como negros. Los que viven en Harlem saben que viven allí porque los blancos no les consideran dignos de vivir en ninguna otra parte. Ninguna dosis de «mejoras» puede endulzar este hecho. Todo el dinero que ahora se destina a mejorar aquel «ghetto» o cualquier otro, puede arrojarse al fuego. A un «ghetto» sólo se le puede mejorar suprimiéndolo.

Análogamente, la única manera de que la policía guarde el orden en un «ghetto» es siendo tiránica. Ninguno de los agentes de policía, incluso con la mejor voluntad del mundo, tiene posibilidad alguna de saber cómo viven las personas que ellos vigilan patrullando por parejas o por tríos con insolencia. Ya su presencia es un insulto, y lo sería aunque se pasaran el día repartiendo caramelitos a los niños. Representan la fuerza del mundo blanco, y las Intenciones de este mundo son, en realidad, y en beneficio de los criminales, provecho y comodidad suyos, la de conservar

(*) Los habitantes de Riverton resintieron mucho esta descripción. Al parecer, han olvidado cómo vinieron al mundo sus alojamientos, y me han informado repetidamente de que no es posible que yo me refiera a Riverton, y que se trata de otro grupo de casas baratas al otro lado de la calle. Me parece que está claro que no me propongo acusar a ningún individuo ni a ninguna familia de las deprecaciones allí cometidas; pero tampoco puedo negar la evidencia de mis propios ojos. Y no censuro a nadie en Harlem por sacar el mejor partido de un mal negocio. Pero cualquiera que viva en Harlem y se figure que el negocio no ha sido tan malo, o que lo que él cree su condición social (¿a los ojos de quién?) le protege contra el dolor, la desmoralización y el peligro comunes, no hace más que engañarse a sí mismo.



Los Bravos, brillantes vencedores, mostrando su trofeo.



El grupo Omega, de Hungría, aunque sin premio, también tuvo una buena actuación.

El segundo premio fue para los ingleses Arrival. (Abajo, izquierda.)

El presentador, saludando al conocidísimo Franck Pourcel, que haría entrega del primer premio.



EN PALMA DE MALLORCA

BARBARELA DE CONJUNTOS 70

PRIMER FESTIVAL INTERNACIONAL DE CONJUNTOS MUSICALES

Consagración de la música vanguardista en la discoteca más famosa de Europa.

Los Bravos vencieron por propio merecimiento.

Se ha celebrado en Mallorca, los pasados días 9, 10 y 11, el anunciado concurso de música «pop» a escala internacional Barbarela de Conjuntos 70, con la participación de grupos de diez países europeos. Ha sido realmente la primera vez que se ha realizado un certamen de música vanguardista en régimen competitivo, con presencia y proyección internacional.

Durante los tres días compitieron en Mallorca los grupos —trece en total, puesto que Martin Circus, conjunto francés, sufrió a última hora un accidente automovilístico— Jerónimo y Joy Unlimited, por Alemania; Los Bravos, Smash y Z-66, por España; O-65, por Holanda; Omega, por Hungría; The Arrival y Big Sleep, por Inglaterra; The Arrows, por Irlanda; I Camaleonti, por Italia; Focus, por Luxemburgo, y Os Chinchillas, por Portugal.

Verdaderamente, en esta primera edición del Barbarela de Conjuntos se dieron cita, junto a grupos bien conocidos en sus países (Bravos, Smash, Omega, Arrival, I Camaleonti, etcétera), el sonido vanguardista de los grupos más prometedores.

Realmente, el resultado no constituyó ninguna sorpresa para el público asistente, puesto que, a lo largo de las tres sesiones, se fue perfilando esta clasificación gracias a los propios méritos de los grupos, pero sí que debe de destacarse la inflexibilidad de un Jurado presidido por el director general de Promoción del Turismo, don Esteban Bassols, que con su actitud dura al descalificar a los grupos Jerónimo y Focus por no adaptarse al reglamento establecido, aprobado y aceptado por los representantes de los grupos, consolidaron la honradez del premio ya desde su primera manifestación. Es esta la única manera que existe hoy en día de evitar que los festivales competitivos de canción degeneren en lo que han quedado algunos certámenes predecesores de todos conocidos.

Triunfaron Los Bravos con «Stop look around», una canción con innegable gancho popular y que es muy probable que veamos pronto en los «hit-parades». Consiguieron el Barbarela de Oro y 2.000 dólares.

En segundo lugar se clasificó el conocido grupo inglés The Arrival, cuya fuerza interpretativa reside en el arreglo coral. Su canción fue «Takme». Consiguieron el Barbarela de Plata y 600 dólares.

El tercer clasificado —trofeo Barbarela de Bronce y 400 dólares— fue el grupo, también inglés, Big Sleep, con el «rock» «Whan the sun was out».

Merece ser destacada la presencia de un público selecto, vivamente interesado por la música de vanguardia que ofrecieron la mayoría de los grupos en este Barbarela de Conjuntos.

Y merece destacarse, en sí, la actuación de todos los grupos, pero especialmente nuestros Smash y Z-66, que demostraron que la música nueva que se produce en España puede, perfectamente, competir con la de los otros países.

Buena la organización —valorando el «handicap» de ser el primer certamen de este tipo—, bajo la dirección de Joaquín Merino y con el patrocinio de ese hombre interesado vivamente por la juventud que es José Roses, propietario de Barbarela.

carta desde harlem

al negro acorralado allí, en su lugar. La insignia, la pistola en el sobaco y la porra dan vividez a lo que ocurriría si la rebelión se hiciera franca. Y raro es, en verdad, el habitante de Harlem, desde el más circunspecto parroquiano de una Iglesia hasta el más desordenado adolescente, que no podría contar un largo cuento sobre la incompetencia, la injusticia o la brutalidad de la policía. Yo mismo las he presenciado y sufrido más de una vez. También los negociantes y aprovechadores tienen su cuento que contar. Y también las prostitutas (y este no es, tal vez, el lugar para discutir la muy compleja actitud de Harlem ante los policías negros, ni las razones, según Harlem, por las que a casi todos se los encuentra sólo en la parte blanca de la ciudad).

Odio silencioso acumulado

Por otra parte, resulta difícil echarle las culpas al policía, hueco, amable, sin pensamientos e insuperablemente inconsciente, por ser un representante tan perfecto de las gentes a quienes sirve. También él cree en las buenas intenciones y se queda estupefacto y ofendido cuando ve que otros no las aceptan en vez de los buenos actos. El, por su parte, nunca ha hecho nada que merezca el odio (¿quién de nosotros lo ha hecho?), y, sin embargo, se encuentra enfrentado, día y noche, a una multitud que quisiera verle muerto, y él lo sabe. No hay modo de que no lo sepa: pocas cosas hay en el mundo tan enervantes como el odio y el desprecio, silenciosos y acumulados, de todo un pueblo. Pasa por Harlem, pues, como un soldado de ocupación por un país amargamente hostil, lo cual es precisamente su función y su lugar, y es la razón por la que sólo pasa en parejas o tríos. Y no es él el único que sabe por qué nunca anda solo: los que lo miran lo saben también. Toda reunión callejera, religiosa o secular, que el policía y sus colegas vigilan con inquietud tiene por tema, explícito o implícito, la crueldad y la injusticia de la dominación blanca. Y en estos días, desde luego, en términos cada vez más vívidos y jubilantes, habla del fin de esta dominación. El policía blanco apostado en una esquina de Harlem se siente colocado en el propio centro de la revolución que hoy día tiene lugar en el mundo. No está preparado para ella (naturalmente, nadie lo está) y, lo que probablemente cuenta más, se halla expuesto, como pocos blancos se hallan, a la angustia de la masa negra que le rodea. Aunque sólo tenga la más mínima particularidad de imaginación, algo tiene que penetrarle. No puede dejar de observar que ciertos niños, a pesar de su color, le recuerdan a niños que ha conocido y ha querido, tal vez a sus propios hijos. Sabe que, desde luego, no aceptaría que sus hijos vivieran de aquel modo. Para



"Se quedan en casa mirando la pantalla de la televisión, viviendo de los sueldos de sus padres, o primos, o hermanos, o tíos, y sólo salen de casa para irse al cine o al bar más cercano".

guarecerse de su desazón, sólo le queda un camino abierto: hacia una insensibilidad que pronto se convierte en una segunda naturaleza. Cuanto más insensible e inhumano se vuelve, más hostil se pone la población, crece la amenaza, y hay que aumentar las fuerzas de policía. Un buen día, ante el asombro general, alguien arroja una cerilla al barril de pólvora y estalla todo. Antes de que estén el polvo asentado y la sangre cuajada, por todo el país vocean editoriales, discursos y comisiones de derechos cívicos preguntando qué ha ocurrido. Lo que ha ocurrido es que los negros quieren ser tratados como personas.

Los negros quieren ser tratados como personas: un enunciado perfectamente llano, con sólo siete palabras. Gentes que dominan Kant, Hegel, Shakespeare, Marx, Freud y la Biblia encuentran completamente impenetrable aquel enunciado. Al parecer, la idea pone en peligro premisas hondas, apenas conscientes. Una especie de pánico les paraliza las facciones, como si se encontrarán, sin retroceso posible, al borde de un precipicio. Una vez intenté describir a un muy conocido intelectual norteamericano las condiciones en que viven los negros del Sur. Mi relato le llenó de inquietud e indignación, y con una perfecta candidez me preguntó: «¿Y por qué no se vienen al Norte todos los negros del Sur?». Probé a explicarle lo que ha ocurrido siempre, sin fallo, cuando un número considerable de negros se ha trasladado al Norte. No escapan al negrero: se encuentran sólo con otra variedad, no menos asesina. No se vienen a Chicago, se vienen al South Side; no se vienen a Nueva York, se vienen a Harlem. La presión dentro del «ghetto» hace que los muros del «ghetto» se ensanchen, y esta expansión es siempre violenta. Los blancos aguantan la frontera tanto como pueden y por todos los modos posibles, desde la intimidación verbal a la violencia física. Pero, inevitablemente, la frontera que ha separado al «ghetto» del resto del mundo cae

dentro del territorio del «ghetto». Los blancos retroceden resentidos ante la horda negra; los propietarios hacen un bonito negocio aumentando los alquileres, achicando las estancias y prescindiendo prácticamente de toda reparación; y lo que antes era un vecindario se ha convertido en un «terreno». Es exactamente lo que ocurrió cuando los portorriqueños llegaron a millares —y, mientras escribo, el resentimiento que aquello causó a todavía lugar a cuchilladas a lo largo y a lo ancho de todo el barrio—.

No basta deplorar del Sur

La gente del Norte se permite un lujo extremadamente peligroso. Al parecer, se figuran que porque lucharon en el bando bueno en la guerra civil, y ganaron, han conquistado el derecho a deplorar meramente lo que ocurre en el Sur, sin asumir ninguna responsabilidad por ello, y se figuran que pueden desdeñar lo que pasa en las ciudades del Norte porque todavía es peor lo que pasa en Little Rock o en Birmingham. Pues bien, en primer lugar, quien no ha sufrido ambas situaciones no puede decidir cuál es «peor». Conozco a negros que prefieren el Sur y los blancos sureños, porque «allí, por lo menos, no hay que jugar a adivinanzas». Las adivinanzas en cuestión han arrojado a más de un negro al hospital para intoxicados, al manicomio o al río. Conozco a otro negro, un hombre al que quiero mucho, que dice, con convicción y con verdad: «El espíritu del Sur es el espíritu de América». El nació en el Norte e hizo el servicio militar en el Sur. A lo que entiendo, no encontró que el Sur fuera «peor», si algo encontró es que ya estaba acostumbrado de antemano. En segundo lugar, sin embargo, incluso si Birmingham es realmente peor, no dudo de que Johannesburgo, en África del Sur, lo deja muchas millas atrás, y Buchenwald fue una de las peores cosas jamás ocurridas en la historia mundial. El mundo no ha carecido nunca de ejemplos aterradores, pero yo no pienso que la

utilidad de tales ejemplos sea la justificación de nuestros propios crímenes. Esta perpetua justificación vacía al corazón de todo sentimiento humano. Y cuanto más vacíos tengamos los corazones, más crímenes cometeremos. En tercer lugar, el Sur no es simplemente una región atrasada y embarazadora, sino una parte de este país, y lo que ocurre allí nos concierne a todos.

En lo tocante al problema racial, sólo hay una gran diferencia entre el blanco sureño y el norteamericano: el del Sur recuerda, históricamente y en las entretelas de su alma, una especie de Edén en el que él amaba a los negros y ellos le amaban. Personalmente, en el blanco del Sur se produce la mayoría de edad sexual en el momento en que, sin ningún previo aviso, unos tabús inviolables se interponen entre él y su pasado. A partir de entonces, todo le está permitido, excepto el amor que recuerda y que nunca ha dejado de necesitar. El indescribible tormento resultante afecta a toda mente sureña y es la base de la historia del Sur.

Nada de esto se aplica al blanco del Norte. Los negros no representan para él nada personal, excepto, tal vez, los peligros de la lujuria. El norteamericano nunca ve a los negros. Los sureños les ven constantemente. En el Norte nunca piensan en ellos, mientras que en el Sur nunca piensan realmente en otra cosa. Por consiguiente, los negros son despreciados en el Norte y vigilados en el Sur, y sufren atrocidades en una y otra parte. Ni el blanco del Sur ni el del Norte son capaces de mirar al negro simplemente como a un hombre. Al parecer, resulta indispensable para que la nación se estime a sí misma el que al negro se le considere, o bien como a una especie de pupilo (en cuyo caso se nos cuenta cuántos negros, proporcionalmente, se compraron un Cadillac el año pasado y cuántos pocos, proporcionalmente, fueron linchados), o bien como a una víctima (en cuyo caso se nos promete que nunca votará en nuestras asambleas ni irá a la escuela con nuestros chiquillos). Son dos caras de una misma moneda, y el Sur no cambiará, no puede cambiar, en tanto no cambie el Norte. El país no cambiará en tanto no haga un nuevo examen de sí mismo y no descubra lo que realmente entiende por libertad. Y mientras esto tarda, van haciendo generaciones, el resentimiento aumenta por efecto de la incompetencia, el orgullo y la insensatez, y a nuestro alrededor se encoge el mundo.

Una ley terrible, una ley inextinguible, es que uno no puede negar la humanidad de otro sin disminuir la propia: en la cara de nuestra víctima nos vemos a nosotros. Pasead por las calles de Harlem y mirad en qué nos hemos convertido nosotros, este país. ■ © Editorial Lusa.